



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14212

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 17 DE ABRIL DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 81, Faubourg-Montmartre.

Estamos conformes

Después de verificarse la única proce- sión que las inclinencias de la temperatura ha permitido se verifique, nuestro colega «El Porvenir» ha publicado un artículo sobre las mismas, artículo que comenta «La Mañana» en su número de hoy, lamentándose de que en Cartagena no explotemos eso que puede ser fuente positiva de riqueza, lanzando con mucha antelación á los cuatro vientos de la publicidad el anuncio de nuestras fiestas religiosas.

En boca de un «sevillano», pone conceptos y apreciaciones respecto al asunto, con las cuales nos encontramos absolutamente conformes, tanto, que en distintas ocasiones nos hemos lamentado, de que teniendo Cartagena condiciones, por su clima, por su posición topográfica, hasta por ese don inapreciable que le ha concedido la naturaleza, de su magnífico puerto para que se celebren festejos con frecuencia, á fin de que á la ciudad acuda un buen contingente de forasteros, permanezcamos indiferentes y cruzados de brazos, celebrando en familia, ferias, procesiones sin darle toda la publicidad que requieren tales festejos, para que á presenciarlos acudan de diferentes puntos de la península.

Como esta es labor que á todos corresponde realizar, estamos dispuestos por la parte que nos toca á coadyuvar á la empresa, si los demás elementos de la población, también ponen sus entusiasmos al servicio de la misma.

El deber de votar

Las próximas elecciones ofrecen una circunstancia interesantísima.

Las elecciones se harán por primera vez con arreglo á una nueva Ley electoral y un nuevo censo.

La nueva ley ofrece una particularidad, trascendente al parecer. Según ella lo que antes era un derecho, es ahora deber; la nueva Ley conmina á votar, y amenaza, si no se hace, con ciertas penalidades.

Al que no vota palo; pero un palo toral por ahora, pues se reduce, según la nueva Ley, á ciertas penalidades de orden administrativo de que será fácil zafarse. Pero algo es algo, para mejorar.

Día llegará en que se impondrá la obligación de votar.

Debió haberse empezado por ahí. Al fin y al cabo se trata de una cosa, que todos la hemos pedido; y no es muy difícil ir á votar. Además el voto de cada uno, interesa á la colectividad. Todos tenemos derecho á ser Gobernados por los mejores; y sabido es que los mejores serán los que alcanzan los votos de los más.

No votar pues, es un delito de lesa patria que en justicia se debe castigar...

Esperemos á ver lo que dá de sí este primer ensayo. Lo esencial es que se haya proclamado el deber de votar.

Notas Alegres

Actualidades

A medida que se aproxima la fecha señalada por el incansable ministro Sr. La Cierva para las elecciones mu-

nicipales, aumenta la animación en los círculos políticos, y los candidatos surgen por todas partes.

Las reuniones para la designación de los nuevos ediles menudean, y en algunas casas particulares no hay tranquilidad desde que se publicó el decreto señalando el día dos de Mayo para que los españoles emitan su voto.

Y digo que no hay tranquilidad, porque algunos de los individuos que aspiran á ser elegidos, cada media hora van á su casa á mudarse de ropa interior y exterior para alternar en las reuniones y solicitar votos de sus amigos, parientes é ingleses.

Estamos en pleno periodo electoral y ya no se habla más que de los candidatos, de la nueva forma de votar, y de los individuos que han de constituir las mesas ó colegios electorales.

Y á todo esto el pan se vá poniendo más imposible cada día.

El muelle de Alfonso XII vá ya dando señales de vida.

Por las tardes, en estas tardes primaverales que el mar parece que está inamovible, como ha dispuesto el ministro de la Gobernación que estén sus empleados, en que el cielo se muestra más limpio que los bolsillos de un cesante y la brisa viene repleta de disoluciones de sales marinas, se vé el amplio paseo que allí existe bastante animado, pues nuestras bellas, nuestras feas y muchos que no tienen nada que hacer se dan cita en aquel sitio; y el muelle vá dando señales de sus buenos días.

Dentro de poco comenzará también á dar señales de sus hermosas noches.

OTEMA

Cuento del sábado

LA MURGA

Allí estaban. Les ví, ¿Qué digo les ví? Les adiviné, medio ocultos en el pasadizo de la puerta falsa de San Luis. Eran ellos los cuatro embozados, por bajo de cuyas capas asomaban el figle y el cornetín que celebran todos los acontecimientos de familia...

Eran ellos, los murguistas madrileños, institución secular que no cae, último resto de la musiquilla de nuestros mayores...

Tipo nacional, esencialmente madrileño este profesor callejero ha sido el incitador de mis alegrías, aunque para darme tono, haya dicho en muchas ocasiones:

—¡Que les den un duro á esos hombres y que se vayan!

—¡Hipócrita!—me dice ahora una voz interior, que es la del patriotismo que se despierta después de la ausencia.—¡Hipócrita! ¿Dónde has encontrado tú media docena de hombres que estén siempre pensando en tí, cuando te casas ó cuando cumples años ó cuando te nace un hijo? ¿Qué puedes decir? ¿Que tocan muy mal? ¿Que el figle te da dolor de estómago, y que el cornetín te pone carne de gallina? Pero, ¿y la satisfacción de que por «medio triste duro» sabes que anoche hubo quien, al leer el calendario, dijo:

—En tal parte vive don Fulano, que se llama así y que es generoso.

¡Ah! La murga suele ser en más de una ocasión un gran consueño; por ejemplo:

Yo tenía lo que se llama en el lenguaje político-administrativo una alta posición, allá por el año de no sé cuantos.

El día de mi cumpleaños se llenó mi casa de gente: los oficiales, los auxiliares, porteros y los pretendientes los futuros e ectores, los parientes que esperaban algo de mí. Llovieron los regalos, las tarjetas, ¡qué sé yo! Casi era para creer en la sinceridad de las afecciones humanas.

¡Al fin de aquel año... caí! Todos caemos. La alta posición se la llevó el diablo. Llegó el día del cumpleaños. ¡La campanilla de mi casa crió telarañas aquel día.

¡Qué soledad! ¡Qué decepción! ¡Qué doloroso contraste para quien no supiera atenerse, como yo sé, á lo que da de sí esta pobre humanidad, que basta en sus olvidos es desvergonzada!

Pero, por la noche, cuando al amor del fuego, meditaba yo sobre la inestabilidad de las cosas humanas, sonó en la calle una «Marsellesa» de doce reales, de las más irritantes que imaginarse pueda.

¡Eran ellos! ¡Los músicos de la calle! ¡Los primeros que se acordaron de mí! ¡Los únicos! Cuando, al día siguiente recordé que sólo les había dado tres pesetas, sentí ganas de llorar. Aquellos hombres me parecieron dignos de mejor suerte.

Y lo son, sin duda ninguna.

¿Acaso no pasan la vida viendo la felicidad ajena? ¿Agréguese á eso que tienen que celebrar «á traición», es decir, ocultándose en el rincón, y saliendo de pronto por «peteneras» ó por himnos patrióticos!

Gente discretísima, que saben dónde hay que tocar el «Trágala» y donde aquella música que cantada dice:

«Si Torrijos murió fusilado, no lo fué por cobarde ó traidor.»

Ellos han visto nacer á toda una generación. Los primeros amigos que el hijo de Madrid encuentra á su paso al venir al mundo, son los murguistas, que le esperan á dos pasos de la pila bautismal para darle la bienvenida á piporrazos, ¡Cuántas novias que han conocido solteras, y cuyo himeneo han celebrado con la jota de «El posición de la Rioja», han oído después la misma música, al pie de sus balcones, celebrando el primer hijo con el «wals del beso.»

Los empleados recién nombrados, los comerciantes recién establecidos

tienen que contar siempre con ellos; y las niñas y niños del barrio les deben de querer muy bien, porque les proporcionan improvisados bailes...

Y no concibo premio gordo sin murga; sería como una ópera que sólo tuviera libreto. Allí donde la fortuna se cuele por las puertas, la murga se cuele también. En las bodas pobres, allá por los barrios bajos, el organillo ha venido á hacer gran daño á esos cuatro pobres hombres, nacidos para soplar en alabanzas de los dichosos, mientras ellos comen malamente en el escondido figón, donde alguna vez he visto, al pasar, un figle apoyado contra la pared, junto á la mesa en que el artista malgrado come, de espaldas á las calle, la prosáicas judías.

¡Pobre hombre! Debe soñar con éxitos y bailes, y bodas, y billetes de la lotería... ¿Se puede dar misión más noble que la del que vive persiguiendo dichas ajenas?

Un madrileño que siempre está de buen humor pasó una larga temporada haciendo padecer á esos cuatro profesores ambulantes.

Donde quiera que los encontraba dando su concierto sacaba del bolsillo un limón, y se lo comía delante de ellos.

Es claro, á los pobres hombres les daba tal dentera, que no podían tocar.

¡Hombre sin entrañas!
EUSEBIO BLASCO.

Las hormigas

Empiezan á salir de sus residencias subterráneas las afanosas hormigas, y aun cuando la época de acarreo no está todavía en su plenitud, se ven ya en los senderos rústicos esas líneas negras constituidas por el incasante ir y venir de tan minúsculos como laboriosos seres.

Las hormigas se presentan muy á menudo como ejemplo de actividad, de orden y de método. Lo son indudablemente y muy provechoso, pero ese ejemplo no suele pesar demasiado en el ánimo de las gentes bullangueras, que viven en plena despreocupación y echándose todo á la espalda.

Esto, dicho se está, es la mar de

cómodo, pero no se hace impunemente, pues de diez casos en nueve, las gentes despreocupadas suelen dar con la horma de su zapato y cuando por alguna de las frecuentes contingencias de la vida se encuentran con el agua al cuello, no se salvan.

¡Las hormigas! No se tiene noticia de que en su organización social, digámoslo así, haya dificultades ni tropiezos. Todas son iguales, todas se afanan por llevar algo al granero, ninguna elude las molestias del trabajo. Así es que todos los problemas se los encuentran resueltos.

En nuestras sociedades bipedas no ocurre eso; trabajan algunos, otros hacen que hacen y el mayor número se pasa lo mejor de su existencia pasando moscas ó á la suma tocando el tambor como D. Nicanor.

Los tiempos son cada vez mas difíciles y no se puede estar ya en contemplación seráfica esperando que caiga el maná del cielo. Hay que hacer como las hormigas, preocuparse del mañana y no perder ociosamente los momentos útiles.

Las hormigas humanas, digámoslo así, acumulan medios de subsistir, ó sea, se preocupan del porvenir por multitud de medios, que la mayor parte consisten en explotar á sus semejantes. Eso no lo hace nunca la hormiga verdadera, supuesto que todas ellas van á buscar lo que les hace falta sin fastidiar á sus congéneres.

Pero... sería demasiado exigir que los hombres fuesen tan abnegados como las hormigas. ¡Eso no puede ser! Contentémonos con procurar que las imitemos, sino en la intensidad, de sus afanes y trabajos; en la igualdad de sus condiciones; porque no hay noticia alguna de que entre las hormigas haya diferencia de clase, ni de nacimiento, ni de condición social.

Todas son igualmente negras, todas van al unisón; ninguna discrepa ni desentona. ¡Qué admirable régimen social debe ser el suyo! ¡Que leyes tan sabias deben regular su tranquila y reposada existencia!

¡Venturosas hormigas!
ABEL IMART.

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA 334

LA REINA TOPACIO 337

No tenía más que una cosa, y era el no poder llegar hasta el rey.

Grande fué su alegría cuando, pronunciando su nombre, la puerta se abrió delante de ella.

Dofia Flor, temblosa, y que fijaba en sí misma su sola esperanza, esperó á la puerta.

Ginecilla siguió á su introductor. Este abrió suavemente la puerta del cuarto, transformado en gabinete de trabajo, se ocultó para dejar pasar la joven, y sin anunciarla cerró la puerta detrás de ella.

Don Carlos se paseaba á grandes pasos, la cabeza apoyada en su pecho y con los ojos bajos en el suelo.

Se hubiese dicho que el peso de la mitad del mundo gravitaba ya sobre este Atlas de quince años.

Ginecilla puso una rodilla en tierra, y quedó en esta postura durante algunos instantes sin que el rey se apercebiera de que estaba allí. En fin, levantó los ojos, fijó en ella una mirada, que de distrofa llegó á ser poco á poco interrogadora, y preguntó:

—¿Quién eres?

—No me reconoces ya, señor? respondí la gitánilla. En ese caso, soy bien desgraciada.

Entonces D. Carlos, con un esfuerzo, pareció evocar sus recuerdos. Su mirada en ciertos mo-